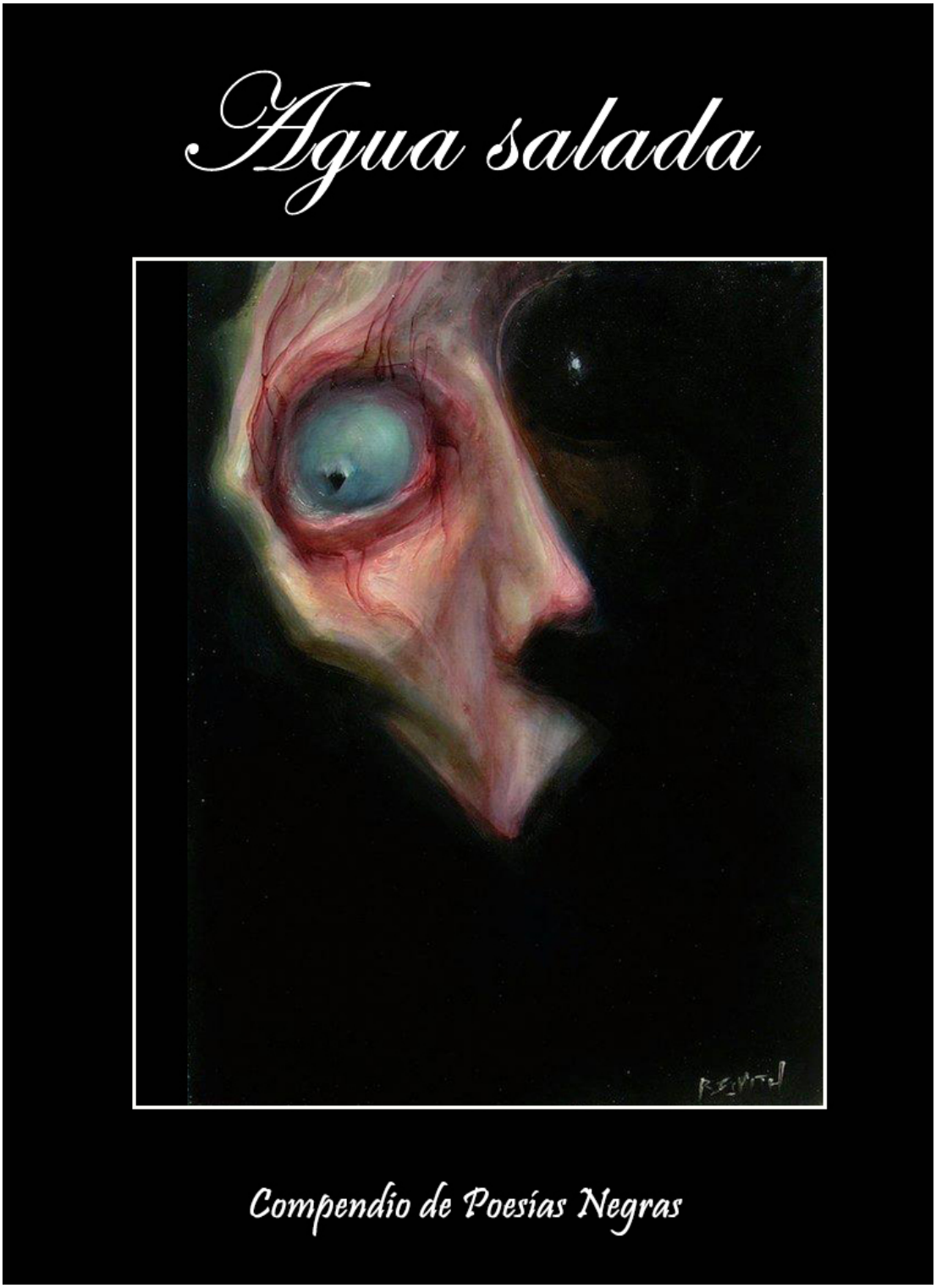
Agua salada

Ente



Capítulo 1

AGUA SALADA

Seguir caminando ya no era el desafío, sino soportar la pesada carga que llevaba en las manos. No podía culpar a nadie por mi funesto destino, ni era justo hacerlo; lo cierto es que fue decisión mía, y debía asumir la responsabilidad de decidir, de tener el libre albedrío. Me pregunto por qué lo hice, quizás fue un impulso nato como la curiosidad, o por experimentar, pues en aquel tiempo yo era muy joven. Sin duda, no había un argumento lógico, creo que fueron sus ojos verdes, sí, ellos me atraparon, probé su veneno y, a duras penas, sobreviví a ello.

Deseché por largo tiempo la idea de dejar esta carga, era algo que ya pertenecía a mi, como si de algún modo formara parte de mi propio cuerpo, pero por otro lado, luchaba por rechazarlo, como un cáncer corrosivo que se expande, como el rechazo de un mal transplante. No concebía seguir adelante sin sentir el des-preciado peso que ejercía sobre mi. Me había acostumbrado, formaba parte de mi no-vida.

Tras largo camino, tras sendas de zarzas y espinas, tras miles de heridas en mis pies, decidí que debía dejarlo si quería continuar, debía dejar la carga o morir; debía dejarla o pedir ayuda, y esto último jamás se me dio bien. Y además, a quién podría acudir.

Entonces, me paré en seco. Algo me detuvo. Era el pesar de mis actos, el peso de mi conciencia.

Medité durante mucho tiempo, no podría contarlo en horas, ni en días, ni en meses, ni en años, el tiempo simplemente se había detenido. Estaba en mitad de la niebla, en aquel paraje desolado, sopesando mis opciones, evaluando mi propia supervivencia, convenciéndome de ideas que, con certeza olvidaría, o al poco tiempo desacreditaría. Y por el rabillo del ojo lo ví.

Miré atrás, mi carga, mi salvación y condena, entonces llegué a una conclusión. Yo no temía la muerte, pero era un ser orgulloso. Me escogí, y en ese momento, las cuerdas se hicieron polvo, desilachadas, la carga cayó al suelo por su propio peso, por su propia inercia ante mi debilidad. Un dolor horroroso me invadió, una parte de mi se había esfumado, había desaparecido. Una parte de mi había muerto, pero aún respiraba, por lo que deduje que aún seguía con vida.

Corrí aceleradamente, con un inusitado vigor, con ingenuidad, me había propuesto seguir a ese conejo hasta la madriguera, y cuando llegué a su

angosto hogar, un gran agujero negro, me asomé para ver qué escondía y entonces... solo observé un precipicio que se perdía en una impenetrable oscuridad. Entorné los ojos y volví a mirar, el silencio era atronador, maliciosamente hiriente, un silencio que incluso podía escucharse, y de repente, una voz me habló:

-¡Estoy aquí!.

Era dulce y almidonada, permanecí inmóvil a la escucha, notando como algo crecía y palpitaba en mi interior. Ya no tenía hambre, ya no tenía sed. No sentía el dolor, ni me atormetaban mis recuerdos. Todo había desaparecido. Ahora solo quería auxiliar, solo quería ayudar.

De inmedianto, me armé de valor y busqué en mis bolsillos, una larga cuerda encontré la cual arrojé, sin dudar, al fondo del abismo. Noté un gran tirón, y supe en ese instante que no me iría de allí hasta subir aquello que, parecía ser, imploraba mi implicación.

Sentía un gran cansancio del arduo camino, más la extenuación no impidió que comenzara a tirar de la cuerda, una y otra vez. Desconozco cuánto tiempo transcurrió, pero no tardé en darme cuenta del vil engaño, de aquella mentira, de esa cruenta trampa. Y es que bajo ese precipicio no había nada.

Recogí entonces la cuerda con resignación. Al parecer lo había imaginado, pero la había escuchado tan vívidamente que, ahora, imploraba por volver a oirla, incluso rogé a los fatídicos y vengativos dioses que me concediesen ese milagro. Yo no podía darles nada a cambio, ni siquiera mi alma tenía, a estas alturas, algún valor.

Y dejé caer la cuerda, al vacío negro del olvido, la dejé caer en aquella incipiente oscuridad. Tal vez era mi propia voz, pensé. Qué importaba.

Comprendí, entonces, que se trataba de esta extraña y patética obsesión por querer resolver los problemas de otros, de un miserable conejo, aun cuando ni siquiera podía identificar cuáles eran los míos, mis propios tormentos. Es la humillante tarea autoimpuesta de fabricar un mundo perfecto para otros, cuando el mío era vago, onírico e irreal.

Ahora lo entendía todo.

Mi mente, había jugado conmigo, una vez más.